

Astutas ansias de hoguera

El Anatomista
Federico Andahazi
Editorial Planeta
Buenos Aires, 1997, 277 páginas

De esta novela sabía su tema sin haberla leído todavía. Conoció el repado que suscitó en los organizadores de un importante concurso argentino cuando el jurado la eligió como ganadora. Toda la polémica. Sus dos reediciones a abril de este año. El interés de Hollywood. Sobrecarga que debía aguantar el texto —y el lector— al momento de llegar a mis manos. Todo lo estúpido que, al parecer de Cortázar, podía hacerse con un libro: Una vez lanzado como una flecha —decía el padre de los cronopios— ir corriendo a su lado para darle empujones para que dé en blanco. Ignoraré los empujones y me dedicaré, como siempre, a exclusivamente lo que nos entrega Federico Andahazi (Buenos Aires, 1963) con su novela El Anatomista.

La obra está muy subdividida: Además del prólogo, seis partes que a su vez se desglosan en otras de irregular extensión. Fragmentada historia de Mateo Colón, anatomista —porcelación que puede redondear en la fidelidad con que se puede digerir la novela— que como Cristóbal más o menos por el mismo siglo, también descubre a la humanidad un continente sin saber bien que lo ha hecho. Este espacio en el mundo descubierta por el protagonista está enclavado entre las piernas de una mujer, así como en todas las demás, su dulce tierra hallada, le llama. El amor viviente, el clitoris.

Igual que su homónimo el objetivo primero no es el resultado último. Lo que Mateo Colón halla para el Renacimiento es porque iba por otro macho más preciado tesoro: Para que

le correspondiera Mona Sofía, una superlativamente bella prostituta de la que se ha enamorado, quien como el cuervo de Poe le insiste con una salmodia terrible: Tu tiempo se ha acabado — También hay un cuervo en esta historia, Leonarmino que alce y cierra la novela. Así este Colón cree descubrir dónde está el hilo que maneja la voluntad de las mujeres con su accidental hallazgo entre las piernas de la no menos bella Inés de Torremolinos, la que sí, aunque no lo quiera Mateo, le ofrece todo su amor. A este triángulo de amor sexual, de sexo amoroso, que no puede sino terminar trágicamente, se integra, cómo no, la feraz Inquisición con su afán rectificador de cualquier sospecha de revolución del conocimiento, y para esto recurre a la simple taca de satanismo. No es extraño entonces que Mateo Colón quede a segundos de la hoguera. La labia, la seguridad, el astorio del anatomista no lo salva del Tribunal, pero si un milagro, uno que dura lo que un suspiro. Un episodio papal no apto para católicos ortodoxos.

Nos recuerda la lectura de esta obra, más por su tema que por la manera de contarla, a la notable novela de Suskind, El



Perfume — también con su propia historia extraliteraria que habla de plagio intelectual — y la de Eico, El Nombre de la Rosa. Bevala al cine por Jean-Jacques Annaud. Por ahí cerca anda Andahazi que, si no fuera por el poderoso final, observando un poco antes como se debilita y se debilita cada vez más, por un milagro, uno hecho de casualidad o intuición literaria, no sólo recupera el terreno casi perdido, sino que da un remate bueno y que reivindica cualquier extravío narrativo. Si no fuera por este repunte final, me parece, la novela no hubiera sido más o menos que un best-seller de regular fama.

Está bien escrita la novela, demasiado en algunos momentos como para que Mateo Colón viva, haga y desbaga frente a nuestros ojos. En más de algunos momentos, como decía alguien por ahí, se le notan las costuras. Pero como el asunto de la novela, nuevamente y con placer citando a Julio Cortázar, es un match de box en que se debe ganar por puntos —no por knockout como el cuento. El Anatomista tiene rounds magníficos que al momento del cómputo final, gana, gana en vuelo literario. El inicio de la parte denominada El Decano, en la Primera Parte, es memorable, y así otras tantas que se quisieran fueran más.

Poca alma, casi nada, apenas la suficiente como para llegar a comprender al trágico Mateo Colón por eso de su tierra hallada que no le sirve de mucho para ser feliz en la tierra obligada, y que equivocadamente dice que toda a carne rodando a su descubrimiento —el alma de las féminas— es la mujer. Una obra que las mujeres, el catolicismo, la anatomía, no la literaria —por poco— ahora en 1997, justificadamente pudieran pedir llevar directo a la hoguera.

Gabriel Castro Rodríguez

El Expreso, Jicón del Sur, 4 y XI-1997 p 36.

150136

NF15126

Astutas ansias de hoguera [artículo] Gabriel Castro Rodríguez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Castro, Gabriel 1965-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Astutas ansias de hoguera [artículo] Gabriel Castro Rodríguez. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile